

PÁRROCO.

(DISCURSO DE ENTRADA.)

II.

Libentissime superimpendar ipso pro animabus vestris.

Gustosísimo me entregaré á mi mismo por la salud de vuestras almas.

(II. Cor. xii, 15.)

No os ocultaré, carísimos hermanos, que no he podido separarme de un rebaño tan querido sin experimentar el más profundo sentimiento. Este sentimiento no ha de ofenderos; os dá una idea de la solicitud pastoral del cura, y os entera de antemano de cuanto estais seguros de hallar en él. Confiad desde hoy en que mi solicitud para vosotros será tan grande como mi ternura.

Enviado á esta parroquia por la voluntad del primer pastor de la diócesis, he obedecido á su voz como á la del mismo Dios de quien es órgano, confiando en aquellas palabras de Jesús á sus discípulos: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis et fructum afferatis* (JOANN. xv, 16).

He venido á esta parroquia bendiciéndola, llamando sobre ella todos los dones del Padre de las misericordias y de las mercedes. He impetrado que pastor y rebaño vivan juntos en la paz del Señor: *pax vobis*; que se apoyen uno á otro para caminar en la difícil senda de la salvacion; que el ministro del Señor sea para vosotros un nuevo Moisés que os haga atravesar á pié enjuto el mar Rojo, y recorrer sin peligro los escabrosos senderos del desierto; y que vosotros mismos seais Israel siempre dócil á su voz para llegar al fin á la tierra prometida. Así el Señor me haya oido y atendido. A. M.

1. Hoy, que me es dado abriros mi alma, amados feligreses, no puedo ménos de manifestaros lo viva que ha sido mi emoci6n al saber los votos que por mí habeis hecho, y al ver la solicitud y alegría que

habeis mostrado cuando me he presentado en medio de vosotros. Habeis visto en mí á un amigo y á un padre; me habeis recibido como á uno de los vuestros. Esas lisonjeras demostraciones no han contribuido poco á reanimar mi valor, á hacerme apréciar las buenas disposiciones de vuestras almas, y á infundirme la esperanza de que podré cultivar con fruto la nueva vña que el Señor se digna confiarme. ¡Gracias sean dadas á su providencia! ella ve mi corazon, vuestras intenciones, y sabe que son puras; así os devuelva centuplicados los dulces goces, los santos consuelos que hoy habeis dado á nuestro nuevo pastor!

SENTIMIENTO RELATIVO AL PREDECESOR. Pero, ántes de continuar, hoy que vengo por primera vez á desempeñar mi sacerdocio en una parroquia fecundada por los sudores de tantos virtuosos curas, siento la necesidad de abrir mi corazon y deciros cuán dolorosa nos ha sido á todos la pérdida que acabais de experimentar en la persona de mi venerado predecesor. Su muerte ha llenado de duelo la diócesis. Sus cofrades, para quienes era un ejemplo de celo y santidad, le han llorado como á su mejor amigo. Dura ha sido la prueba que habeis sufrido en tan cruel circunstancia. Su larga carrera en medio de vosotros os habia dejado tiempo para apreciar su grandeza de alma, su alto saber, su admirable talento, su noble corazon, y todas aquellas virtudes que formaban de él el ornamento del sacerdocio.

Sabemos, hermanos míos, lo que tenéis derecho á esperar despues de la larga serie de dignos ministros del Señor que se os ha concedido, y especialmente despues del que estoy llamado á reemplazar. ¡Ah! yo vengo á vosotros falto de las virtudes y de los conocimientos que tan eminentemente distinguieron á mis ilustres predecesores. Tampoco poseo los talentos necesarios segun el mundo para hacer grandes cosas; pero tengo confianza en el que me envia. Dios, que penetra los corazones y los afectos más íntimos, sabe que no me he nombrado á mí mismo. Séame pues permitido repetir con S. Leon: *Aquel de quien viene la carga será mi sosten y mi auxilio, y para que un hombre tan débil no sucumba bajo el peso de tan gran carga: el mismo que me ha conferido la dignidad me conferirá igualmente la fuerza* (S. LEO. SERM. DE ANNIV. ASSUMPT. SUE). En vez de dones más brillantes que no pudiera ofrecerlos, os profesaré un amor vivo y sincero, os consagraré enteramente lo poco que he recibido y todo lo que soy; y tal vez este ardiente amor de padre, esta renuncia á todo interés propio por los nuevos hijos que Dios me dá, me obtenga las gracias necesarias para satisfacer sus necesidades.

Un corazon de sacerdote ¿no es un corazon de caridad? Y el sa-

cerdote por excelencia, el divino Redentor; no era el amor que vivía entre los hombres? Y como dice S. Juan: *¿No hemos participado todos de su plenitud* (JOANN. 1, 16)? ¿No es una misión de amor la que nos dió en la persona de sus apóstoles? ¿No les encomienda la observancia de sus preceptos en nombre del amor? *Si me amais*, les dice, *guardad mis mandamientos* (JOANN. XIV, 43). ¿Y qué mandamientos? El mandamiento que os doy es *amaros unos á otros como yo os he amado*. Así es, que el discípulo querido de Jesús, el que en la vispera de su muerte había descansado sobre su corazón, y que despues gobernó tanto tiempo la Iglesia de Efeso, no tenia en sus últimos dias más palabras que decir á la dichosa familia de que era padre, que estas: Hijos míos, amaos unos á otros: *Filioli, diligite alterutrum* (S. HERON. IN GAL. VI).

Y yo tambien, carísimos hermanos, os repito esas palabras en todas las formas, y deseo vivamente haceros sentir sus consoladores efectos en todo el curso de mi ministerio. Vuestro pastor se debe á todos, y procurará hacerse todo para todos: *Omnibus omnia factus sum* (I COR. IX, 22).

Yo me haré todo para todos, por salvarlos á todos, si es posible (I COR. IX, 22). El ministerio que so me ha confiado es un ministerio de reconciliación. Lo he recibido del Pastor supremo, del que vino á la tierra á dar la paz al mundo. No ignoro de que espíritu soy, y os comunicaré los dones de Dios con la mansedumbre evangélica que caracteriza á los enviados del Señor.

A mis ojos, como á los del Apóstol, no hay judío ni gentil; todos sois individuos de una misma familia. No puedo ver en vosotros más de lo que sois en Jesucristo. Así es, que mi voz será una voz amiga, escuchada de todos, según confío, con religiosa docilidad; pues siempre usaré el lenguaje del Evangelio y os hablaré de los deberes de la vida cristiana. La única influencia á que aspiro es la que os moverá á amaros unos á otros con el amor de que nuestro Salvador nos ofreció un modelo tan perfecto (JOANN. XVI, 42).

2. No puedo dudar, hermanos míos, de que al venir á esta parroquia no he de temer un ministerio infructuoso. La bendición acompañará mis pasos y llenará cada vez más vuestras almas con la gracia de Jesucristo.

Despues de poner mi confianza en la legitimidad de mi misión, no ambicionada ni solicitada por mí, la pongo en la conciencia de vuestra adhesión á la causa católica, de vuestro amor á la Iglesia, de vuestro afecto á vuestros pastores.

La pongo especialmente en las grandes cosas que me han dicho

de vuestra piadosa fidelidad como guardadores del santo depósito de doctrina y de tradiciones que habeis recibido de vuestros padres. Mi corazón se ha recojido y edificado en gran manera al saber que esta parroquia, en donde la verdad cristiana echó en los tiempos más remotos tan profundas raíces, se cubre todavía con los mismos frutos que la valieron en todas épocas tan pura fama de fervor católico; que la caridad, compañera inseparable de la verdadera fe, multiplica en ella bajo todas las formas y con inagotable fecundidad todos los medios de ilustrar la ignorancia, corregir los vicios y aliviar los males de la misera humanidad; que los progresos de la época, ni las vicisitudes políticas, no han entibiado vuestro celo evangélico, no han alterado la constitución moral, el temperamento cristiano, salud de las almas y verdadera fuerza de un pueblo; y que por último, yo hallaría, entre vosotros, en medio de las perfecciones y prosperidades de la vida material, la sencillez de costumbres, el culto del hogar doméstico, los usos hospitalarios, los hábitos religiosos y el respeto á las cosas divinas y al sagrado ministerio que embellecen siempre las parroquias profundamente católicas. ¡Con qué edificación pues disfrutaré, carísimos hermanos, del espectáculo de vuestra religión y piedad!

Yo aplaudiré vuestra piadosa emulación por el ornato del lugar santo y la decoración de los altares, el sosten de las escuelas, y de las obras de caridad. Os exhortaré con el Apóstol á *desterrar de vosotros toda malicia*, y hacer que triunfe en vuestros corazones el amor de Jesucristo (EPIES. IV, 31). Os encomendaré el amor de Dios, su reino, su justicia, lo que es preciso buscar ante todo (MATTI. VI, 33); el amor al orden, el respeto á las leyes, *que hace*, dice el Sabio, *felices y florecientes á las naciones* (PROV. XIV); la obediencia á los magistrados, cuyo carácter honorable y benévolas disposiciones por el culto sagrado os llenan de confianza.

¿Qué me falta, hermanos míos, sinó llamar sobre las primicias de este ministerio pastoral entre vosotros las bendiciones del Omnipotente, de quien proviene toda gracia (ZACH. I, 17); y comenzar esta carrera pastoral bajo los auspicios de la gloriosa Virgen María y del santo patron de la parroquia?...

PÁRROCO.

(DESPEDIDA DE UN)

III.

Vos scitis qualiter vobiscum per omne tempus fuerim.

Vosotros sabéis de qué manera me he portado todo el tiempo que he estado con vosotros.

(ACT. XX, 18.)

Mi cariño pastoral, carísimos hermanos, solo había de cifrarse en vosotros; tal era el sentimiento íntimo de mi corazón. Yo esperaba trabajar hasta el fin por la santificación de vuestras almas, y esta esperanza tan legítima os la había yo manifestado más de una vez, al par que mi extremada repugnancia en ir nunca á prodigar en otra parte mis cuidados y solicitudes. Y sin embargo, es fuerza que me separe de vosotros para dedicarme á otro apostolado. No he podido ménos de obedecer. ¡Cuán léjos estaba de preverlo! Hoy nuestro Obispo ha roto nuestros lazos para darme otros; consumado está pues mi sacrificio. Hoy es la última vez que oís la voz del que fué vuestro pastor. Mi corazón necesita espaciarse, y en esta espansion hallará un verdadero consuelo.

1. Espero que mi permanencia entre vosotros, se habrá señalado por algun bien, del cual estoy muy léjos de gloriarme. Solo á Dios lo atribuyo, á Dios su autor único. ¡Bendita sea siempre por esta razon su suprema misericordia, que se complace en valerse para cumplir sus designios de los instrumentos débiles! Así conozco más mi insuficiencia.

Ya sabéis, carísimos hermanos, lo que para vosotros he sido desde que me encargué de la administracion de esta excelente parroquia. Mi conducta ha sido siempre la misma. Héme identificado con todos vuestros intereses; ante todo queria la salvacion de vuestras almas:

Vos scitis, à prima die qua ingressus sum, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim. Ya sabéis que nunca me han detenido las dificultades que podian ofrecer las circunstancias. No ignoraba que el bien nunca se hace sin obstáculo, y estaba seguro de que mis intenciones acabarian siempre por ser comprendidas, y que mi perseverancia obtendria los resultados más felices. ¡Me he equivocado? *Vos scitis*, vosotros lo sabéis.

Vosotros me hareis justicia, hermanos míos: de mis labios han salido siempre palabras de paz, fiel expresion de los sentimientos de mi corazón. En medio de vosotros no he sido sinó el ministro del Evangelio. Extraño á cuanto no tenia relacion con mi santo cargo, hubiera querido apagar todos los odios, poner fin á todas las divisiones, y neutralizar todas las susceptibilidades.

Tambien sabéis que ninguno de vuestros intereses me ha sido indiferente. ¡Por qué no me ha sido posible daros á todos pruebas particulares de mi afecto! Si no he podido consolar todas las aflicciones, satisfacer todas las necesidades y aliviar todas las miserias, á lo ménos habeis visto mi solicitud, mis esfuerzos, mis sacrificios en todas las circunstancias para vosotros infaustas. Sí, vosotros lo sabéis, y Dios es testigo, de que me he consagrado enteramente á la obra de la predicacion, al adorno de los altares, al embellecimiento del culto, á la vigilancia respecto de vuestros hijos, á la reprension de los estravios de la juventud, á la extincion de las disensiones, á la visita de los enfermos, á la limosna que me era posible hacer á los pobres, y á todo género de solicitud pastoral. Nunca os han fallado las pruebas de mi adhesion y amor. ¡Por qué no han sido más eficaces! Mi solo pesar ha sido no haber podido hacer más: Bien lo sabéis: *Vos scitis*.

No se como expresaros cuanto agradezco los numerosos testimonios de afecto que me habeis dado durante los años pasados entre vosotros y particularmente estos últimos dias, que para mí han sido á la vez tan penosos y tan consoladores, y cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi corazón; estad seguros de ello, amados feligreses, de quienes nunca hubiere querido separarme...

Me alejo cuando ya solo me faltaba, en cierto modo, recoger: mi corazón se abria confiadamente á este pensamiento, y parecíame que iba á saborear los frutos de mi solicitud; pero las miras de la Providencia eran diferentes. Me llaman á otra parte, y he de plegar mi tienda para ir en busca de la nueva herencia que el Señor me destina. Las esperanzas que concebí al oír decir tanto bien de las comarcas á donde voy á ejercer mi celo, no pueden mitigar el sentimiento que me causa esta separacion, y al que tan justos derechos os asisten.

Cedo mi puesto al pastor que os reserva la Providencia. En él hallareis los talentos y las virtudes que me han faltado. Él hará cuanto yo hubiera querido hacer; reparará las faltas que yo haya podido cometer, y hará que prosperé cada vez más el estado de la parroquia. Sin duda apreciaréis su mérito y se lo probareis procurándole el más dulce consuelo, el de veros corresponder fielmente á sus desvelos. Mi ausencia redundará pues en provecho vuestro, resultando para vosotros un bien real. El pastor que vais á tener superará mucho al que va á dejaros. Con todo, no podrá abrigar mayor deseo del bien, ni un corazón más afectuoso. Id á él confiados, concededle toda la estimación y aprecio que os habeis dignado concederme; recibille con amor; es de hoy más vuestro buen padre, que irá delante de vosotros para enseñaros la senda de las colinas santas, el camino de la verdadera patria.

2. A LOS NIÑOS. Tiernos niños, amados de Jesucristo, y también de nosotros. Yo os recibí á la puerta del templo; á vuestro nacimiento derramé el agua santa sobre vuestras frentes. Os he visto sobre las rodillas de vuestras piadosas madres, aprendiendo á pronunciar el dulce nombre de Jesucristo. Os he visitado en las escuelas, os he iniciado en la enseñanza de la fe. Mi dicha era veros, preguntaros, encaminaros al bien, hablaros de vuestro candor é inocencia. Hoy os repito por última vez lo que tantas veces os he dicho: conservad cuidadosamente todas las virtudes de vuestra edad: la mansedumbre, la modestia, la piedad, el candor, la sencillez, el amor de Dios, la obediencia. Otro pastor acabará lo que yo he empezado; yo he sembrado y regado por él; él acabará el cultivo; pero sedle muy adictos, amad al buen padre que Dios os envía, id solícitos á recibir sus lecciones y seguid sus pasos en el camino de todas las virtudes.

¡Dios os guarde y os ame! Adios...

En cuanto á vosotros, los de más edad, á quienes mi mano ha distribuido por primera vez el pan de los ángeles, ¡qué de consuelos y esperanzas me habian dado vuestras virtudes y buenas disposiciones! Me separo de vosotros, pero con el alma conmovida! ¡Oh! acordaos del gran día! Acordaos de vuestras promesas!... y rogad alguna vez por el pastor que presidió la más hermosa fiesta de vuestra vida y se desveló para haceros hijos de Dios...

A LA JUVENTUD. Adios, juventud cristiana; vosotros por quienes tanto he rogado, porque os hallais en la edad del peligro; vosotros que tan vivamente escitabais mi interés; vosotros por quienes parecia acrecentarse mi celo. Pero no debo despedirme de vosotros: ¿quién podría dejaros sin caer en falta, á vosotros que tenéis tanta necesidad

de guía en vuestro camino lleno de peligros; Desde hoy os confío al santo sacerdote que Dios os envía. Sed dóciles á sus lecciones, escuchadle con el más religioso respeto cuando os hable de la virtud que os hará santos.

A LOS PADRES. Yo llevaba con vosotros parte de la carga. Vuestros hijos eran también los míos ante el Señor. Al dejaros, os digo que os acordeis de la grandeza de la misión de que Dios os ha encargado; vigílad por vuestros hijos; sed su ejemplo; y al seguir vuestras huellas, sigan la senda de la salvación.

A LOS ANCIANOS. Adios, y quizá para siempre, amigos venerables, hombres de buen consejo, cristianos fervorosos, ejemplo de piedad para las jóvenes generaciones. ¡Así trascurren tranquilamente vuestros años!

Adios á todos, pues á todos os quiero; todos hemos orado juntos, vivido juntos, gemido juntos, cantando juntos las alabanzas del Altísimo...

¡Oh Dios, Padre tierno y clemente! dignate en este momento, en esta hora de separación, bendecir al pastor y al rebaño! ¡Cúbreles con tu amor y misericordia, santifícales y sálvalos á todos!

¡Ángeles tutelares de esta parroquia! continuad velando con tierno interés por esta gran familia confiada á vuestra guarda. ¡Santos patronos! réclamo en su favor vuestra asistencia. Pero sobre todo, á tí me dirijo, ¡oh María, tierna Madre nuestra!

A mi vez os pido vuestros piadosos sufragios. ¡Oh! no me negueis ese testimonio de vuestro afecto...

PASIONES.

(MORTIFICACION DE LAS)

Domine, salva nos, perimus.
Señor, salvanos, que perecimos.

(MATEO. VIII, 25.)

El Evangelio nos dice, que pasando un día Jesucristo con sus discípulos el lago de Genesareth, llamado por otro nombre el mar de Galilea, se levantó una tempestad tan recia, que las olas cubrían la barca en que iban. Mas, en medio de esta tempestad, Jesús estaba durmiendo á consecuencia de la fatiga del camino y del trabajo de la predicación; pero voluntariamente, para probar con esta ocasion la fe de sus discípulos, y manifestarles que era no ménos poderoso su dominio sobre los cuerpos que sobre los espíritus. Los discípulos le despertaron atemorizados, gritando: ¡Señor, salvadnos, que perecemos! Jesús, despues de haberles echado en cara su temor y su poca fe, se pone en pié, manda á los vientos y al mar que se apaciguaran, y al punto siguióse una gran bonanza. De lo cual asombrados todos los que estaban allí, exclamaron: ¿quién es este, que con tanto imperio manda á los vientos y al mar, y que con tanta prontitud es obedecido?

Esta tempestad con que el Salvador quiso probar la fe de los apóstoles, es como una imágen de las perturbaciones que causan las pasiones, cuando alteran la paz y la serenidad de una alma. La mar no es combatida con tanta furia por los vientos, ni los naufragios que en ella se experimentan son tan frecuentes ni tan peligrosos, ni el estado de los que se hallan en una barca sin vela, ni mástil, no es tan funesto ni tan digno de compasion, como el de tantos cristianos, que expuestos á la violencia de sus pasiones, perecerian indubitablemente, si no despertaran á Jesucristo dormido dentro de sus mismos corazones, pidiéndole con fe viva se apiade de ellos; y si este adorable Salvador, oyendo sus oraciones, como oyó las de los apóstoles, no mandara á los vientos y á la mar que se calmasen: *Imperavit ventis, et mari, et facta est tranquillitas magna.* Quiero pues hablaros hoy sobre esta tempestad de las pasiones, haciéndoos ver, primero:

Los motivos que nos obligan á reprimir nuestras pasiones. Y luego: Los medios de que nos debemos valer para reprimir las. Imploremos la gracia necesaria. A. M.

1. Es necesario domar las pasiones. Esta es una máxima moral á que asentimos con dificultad; no obstante, S. Pablo nos la enseña, y nosotros no podemos dudar, que solo conformándonos con ella podemos ser miembros de Jesucristo: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiiis, et concupiscentiis* (GALAT. v, 24). Sin la mortificacion de las pasiones no hay ni conversion sólida, ni virtud perfecta, ni paz que sea verdadera. Para convertirse y emprender una nueva vida, es necesario hacer guerra, no solo al pecado, sino tambien á todo lo que nos induce á pecar. Mortificad, nos dice el Apóstol, los miembros de ese hombre terreno, que llevais con vosotros mismos, la fornicacion, la impureza, el amor al placer, los malos deseos (COLOS. iii, 5). ¿Comprendéis, hermanos míos, lo que nos quiere decir S. Pablo? En esto nos enseña, que la ocupacion de un cristiano en esta vida, debe de consistir en destruir en sí mismo dos cosas: la primera es el pecado, de modo que ni sea avaro, ni impudico, ni colérico, ni blasfemo: *Nunc autem deponite et vos omnia, iram, indignationem, malitiam, blasphemiam, turpem sermonem de ore vestro* (COLOS. iii, 8). Dejad todos estos pecados, pues uno solo de ellos es capaz de perderos para siempre. Harto mejor os sería, hermanos míos, que vosotros los matareis con la mortificacion, que el dejar os causen la muerte ellos mismos. Mas no penseis haber satisfecho á vuestra obligacion con hacer guerra á los vicios, es necesario, además de esto, pelear con las pasiones que os conducen á ellos: *Mortificate libidinem, et concupiscentiam malam* (COLOS. iii, 8). Este es el punto en que se falla particularmente, imaginando que basta evitar ciertos pecados groseros. Yo no soy, dice cada uno de vosotros, ni ladrón, ni adúltero, ni vengativo, etc. Pero por lo que toca al pensamiento, ó deseo de pecar, ó de las pasiones que me inducen á ello, no formo el menor escrúpulo. Esto, á la verdad, no es estar perfectamente convertido, porque habeis dejado el fuego cubierto con la ceniza: y así, el primer objeto encenderá de nuevo la pasion que lo abrasará todo. Por esta razon dice el Espíritu Santo, hablando de un hombre que se deja vencer libremente de sus pasiones, que los desarreglos de la juventud penetrarán hasta el interior de sus huesos, y reposarán con él en el polvo del sepulcro: *Ossa ejus implebuntur vitiiis adolescentiæ ejus: et cum eo in pulvere dormient* (JOS. xx, 11).

No es posible agradar á Dios los que son esclavos de sus pasiones y de su carne: *Qui autem in carne sunt, Deo placere non possunt* (Rom. viii. 8). Y sinó señalárame un hombre en la série de todos los siglos pasados, que haya hecho algunos progresos en la piedad y perseverado en la gracia sin haber domado sus pasiones. Mostradme uno solo que haya sido siempre fiel en el cumplimiento de sus obligaciones por algun otro camino. Yo no ignoro, que hay otros medios para llegar á ser justo; pero me atrevo á decir, que sin la mortificación de nada sirven. Absteneos y ayunad cuanto quisieréis; pero ¿de qué os servirán esos ayunos y esas abstinencias, dejando libre vuestra lengua para murmurar, jurar, etc.? Llorad en hora buena vuestros pecados á los piés de un crucifijo; pero mientras no sacudais el yugo de vuestras pasiones, esas lágrimas son estériles é infructuosas. ¡Ay, qué de lágrimas perdidas, y austeridades mal recompensadas! ¡Ay de tantos cristianos, que por no haber querido oponerse á sus deseos desareglados, se hallarán en el tribunal de Dios sin recompensa! Presentarán sus limosnas, sus ayunos, sus oraciones, y dirán, como decía en otro tiempo, en nombre de los judíos, el proleta Isaias: *Quare jejunavimus, et non aspexisti; humiliavimus animas nostras, et non vixisti* (Isai. LVIII, 5)? Hemos ayunado; ¿por qué no contaís con nuestros ayunos? Hemos humillado nuestras almas; ¿por qué hacéis el desentendido? Pero ¿qué pensáis responderá Dios á estos semi-cristianos? Lo que respondió á los judíos: *Ecce in die jejuni vestri invenitur voluntas vestra*. Verdad es que habeis ayunado; no puedo negar que os habeis humillado, habeis orado, habeis dado limosnas: todo esto es cierto; pero tambien es indudable que vuestra propia voluntad se ha hallado siempre en todas vuestras acciones: que vuestras pasiones no han sido mortificadas, que no habeis sido ni ménos soberbios, ni ménos pleiteantes, ni ménos quimeristas.

Tambien es necesario resistirlas para poder gozar verdadera paz: *Qui facit peccatum servus est peccati*, dice Jesucristo en su Evangelio (JOANN. VIII, 34). Para comprender esta esclavitud, observad cual es la condicion de un esclavo: es un hombre que trabaja sin cesar; sus ojos, sus manos, sus piés, su corazón, su espíritu, están siempre inquietos; pero solo el señor recoge el fruto de estos trabajos; siempre como espantado, imaginándose tiene á cada momento delante de sí á su desapiadado señor descargando sobre él el azote. Ved ahí el estado de un pecador; con la advertencia de que tiene aún ménos sosiego que el esclavo, porque éste solo está sujeto á un señor; pero el pecador tiene sobre sí otros tantos tiranos cuantas son las pasiones desaregladas á que obedece. A todas partes lleva consigo su fuego,

su suplicio, su infierno. Vosotros me habeis abandonado, dice el Señor, hablando á los pecadores por su profeta Jeremías (JEREM. XVI, 15); pues oid lo que os sucederá; obedeceréis á dioses extranjeros, que no os dejarán descansar día y noche. Estos dioses extranjeros á quienes sirven y adoran los amadores del siglo, ¿qué otra cosa son que sus pasiones propias, que como desapiadados verdugos los desgarran con unas contradicciones y perplejidades continuas? ¡Ah, cristianos! si en lugar de seguir vuestras pasiones, os hubierais aplicado á observar la ley de Dios, hubierais experimentado cuan grande es el sosiego de aquellos que la aman y observan fielmente. Mas porque os habeis entregado á vuestras pasiones, que son una fuente fecunda de turbaciones é inquietudes, estareis en una continua agitacion, la desgracia os seguirá á todas partes y no llegareis á conocer siquiera el camino de la paz.

Reflexionad esto, hermanos míos: considerad que no habrá para vosotros paz, mientras no reprimais vuestras pasiones, ni conversion sólida, ni virtud perfecta. Dejaos vencer de estas razones tan importantes: entrad animosos en este combate espiritual, en que se pelea nada ménos que por vuestra salud y felicidad eterna. Y pues conoceis las armas con que podeis vencer, no os detengais un solo momento en hacer la guerra á enemigos tan crueles.

2. Entre los diferentes medios que os pudiera proponer para que resistieseis á vuestras pasiones, me contentaré con tres, que me parecen los más necesarios, y al mismo tiempo los más eficaces. El primero consiste en hacerlas resistencia luego que se descubren: el segundo es practicar las virtudes contrarias á los vicios á que ellas inclinan: el tercero es combatir las sin intermision y con orden: *Si spiritus potestatem habentis ascenderit super te, locum tuum ne dimiseris*, nos dice el Sabio (ECCLES. X, 4). Si llegares á conocer que alguna de tus pasiones quiere rebelarse, no abandones tu lugar. Pero veamos que lugar es este en que debe el hombre mantenerse firme. No es otro que el dominio de la concupiscencia, hasta tenerla bajo de sus piés. Cuando la concupiscencia quiere levantarse á mayores, debéis oponeros á ella, mantener vuestro puesto, y no sufrir que ella os llegue á mandar. El esfuerzo que hiciereis en esta ocasion, será un remedio eficazísimo que os preservará de los pecados más graves. El hombre será feliz siempre que la razon mande á las pasiones; y al contrario, será sumamente desgraciado si éstas llegan á dominarle, ocupando una plaza que no les pertenece. Por esta razon importa mucho sujetar las pasiones en sus principios. ¿Os acometen, por ejemplo, algunos movimientos de impureza? No deliberéis, no

dudeis, no os detengais en razonamientos, huid, huid: no haciéndolo así, dentro de poco seréis perdidos. ¿Os veis acosados por los movimientos de la cólera, de la envidia, de la venganza? Reprimidlos luego, y por una pronta resistencia enseñadles á que se contengan en sus límites en adelante.

El segundo medio para reprimir vuestras pasiones, consiste en la práctica de las virtudes opuestas. Si la glotonería ó la gula es vuestra pasión dominante, oponedle la templanza y la mortificación de los sentidos. Si es la lujuria, arrojad de vosotros á este demonio impuro con la oración y el ayuno. Jamás seréis castos en el cuerpo, si no lo castigais y reducis á servidumbre. Si es la cólera la que os arrebatá, armaos de paciencia. Si el orgullo, la envidia, ó la murmuración son las pasiones que os solicitan, radicaos en la caridad, y sobre todo en una humildad profunda, que es el enemigo mortal y exterminador de todas las pasiones; porque todo aquel que tiene un corazón contrito y humillado, será al mismo tiempo manso, paciente, tranquilo, obediente: y para decirlo todo en una palabra, ha salido victorioso de todas sus pasiones, segun las palabras del real profeta: *In humilitate nostra menor fuit nostri, et redemit nos ab inimicis nostris* (PSALM. CXXXV, 23).

El tercer medio para vencerlas, consiste en combatir las con orden y sin intermision alguna. Digo con orden, para dar á entender las debéis atacar sucesivamente las unas despues de las otras. Hacer la guerra á todas juntas, es obra mayor; pero, atacándolas una por una, es muy fácil el vencerlas. No se puede, ponga por ejemplo, apagar de un golpe un gran brasero; pero se pueden separar los carbones que, estando juntos, se encienden unos á otros, y así, separados, no es dificultoso apagarlos. Vuestras pasiones son un gran brasero; si quereis apagarlas todas juntas, con dificultad llegareis á lograrlo; pero separadlas, dividid las unas de las otras; y vereis con cuanta facilidad llegais á vencerlas todas. Pero en todo caso advertid, que por mucho tiempo que empleeis en esta lucha, debéis pelear siempre sin intermision alguna. Armaos para este efecto de un celo santo, poned los ojos en los Pablos, los Antonios, Arsenios y otros muchos santos solitarios que han poblado los desiertos. Al ménos una vez al día violentaos en alguna cosa; como siervos de Dios y miembros de Jesucristo aplicaos á circuncidaros espiritualmente, mortificándoos de continuo. *Nos enim sumus circumcisio, qui spiritu servimus Deo, et gloriamur in Christo Jesu* (PHILIP. III, 3). Notad bien estas palabras: *Nos sumus circumcisio*. Todo es circuncision en un verdadero cristiano; tiene circuncidados sus ojos, porque los cierra á todo

objeto criminal, y solo mira con indiferencia á los que parecen inocentes; circuncida su boca, no dando lugar á la indiscreta fluidez de la lengua, al torrente de palabras inútiles, al prurito de hablar sobre todo, á la precipitacion en decir lo que convendría callar. Circuncida su espíritu, alejando de sí los pensamientos vagos que le puedan disipar, los impuros que le puedan manchar, los vanos é inquietos que le puedan atormentar. Circuncida su corazón reprimiendo todos los movimientos seditiosos que le pueden desarreglar, la avaricia que lo comprime, la ambicion que lo infla, el odio que lo endurece, la envidia que lo deseca, la tristeza que lo abate, la cólera que lo arrebatá, el miedo que lo turba, los malos deseos que lo agitan y lo corrompen. En una palabra, todo es circuncision en un buen cristiano, ó para hablar con el Apóstol, el cristiano es la circuncision misma: *Nos autem sumus circumcisio*.

Ya veis cual debe ser nuestra ocupacion en esta vida. Todos tenemos pasiones que nos hacen guerra: *Unusquisque tentatur à concupiscentia sua abstractus, et illectus*, dice Santiago (JAC. I, 14); y todos estamos obligados á hacerlas resistencia. Mucho mejor nos sería no tenerlas; pero ya que no podemos librarnos de ellas; qué debemos hacer? No seguir sus movimientos desarreglados. ¿Quiéren llegar á dominaros? dominadlas vosotros á ellas. ¿Se os rebelan? rebelaos vosotros contra ellas. ¿Os hacen una cruda guerra? combatidlas sin interrupcion alguna. De este modo gozareis verdadera paz en este mundo, y alcanzareis la felicidad eterna.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

PASIONES.—Las hay que deben prevenirse por la mortificación. Las hay que deben sojuzgarse por la obediencia. Las hay que deben vencerse por el retiro.

PASIONES.—Vienen á ser invencibles cuando se les dá demasiada libertad.

Vienen á ser tranquilas cuando se refrenan sus menores movimientos.

PASIONES.—Pretenden persuadirnos que nuestros pecados son necesarios.

Pretenden persuadirnos que nuestros pecados son justos.

Pretenden persuadirnos que nuestras malas acciones son actos de caridad.

PASIONES; véase: CONCUPISCENCIA.

PASTOR.

(EL BUEN)

*Ego sum pastor bonus.
Yo soy el buen pastor.*

(JOH. X, 11.)

Bajo esta amable cualidad, carísimos hermanos, quiere Jesucristo dar á conocer su bondad con los hombres, y en especial con los hombres pecadores. Ya no nos hace oír su voz con los nombres de Dios de grandeza, Dios de majestad; ya no quiere manifestarse, como hacia en otro tiempo á un pueblo al cual gobernaba por el temor, con símbolos espantosos y en medio de relámpagos y truenos: más deseoso de cautivar nuestros corazones con las pruebas de su ternura, que de atraer nuestro respeto con los rasgos de su poder, manifiéstase bajo todas las imágenes sensibles y consoladoras, ora de un tierno padre que nos mira como á hijos suyos, ora de un pastor caritativo que cuida de sus ovejas y las ama hasta el punto de dar por ellas la vida. *Ego sum Pastor bonus, bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis.* Si, hermanos míos; Jesús es nuestro pastor, y nosotros somos sus ovejas; él ha hecho por nosotros lo que ningún pastor ha hecho nunca por sus ovejas, puesto que se sacrificó por nuestra salvación; él vela sin cesar por nosotros, nos lleva en su corazón, nos alimenta, nos sostiene en esta miserable vida y nos conduce á la morada de la gloria, cuya entrada nos abrió con su muerte. Esos rasgos de bondad por parte de un Dios merecen nuestra gratitud y amor, y deben inducirnos á comportarnos con él como fieles ovejas; pues sería poco para nosotros saber que Jesús es el buen pastor, y que ha obrado como á tal; este conocimiento causaría aún nuestra condenación si no nos indujera á la gratitud y á merecer por la docilidad de las ovejas fieles la ternura del buen Pastor.

Veamos pues de que modo llenó Jesús la cualidad de buen pastor: primer punto.

Veamos al mismo tiempo lo que debemos hacer para ser fieles ovejas: punto segundo.

PASTOR.

425

Todo mi objeto es examinar lo que él ha hecho por nosotros, y lo que por él debemos hacer. A. M.

1. Conocer á sus ovejas, conducir las á buenos y fértiles pastos, velar por ellas para ponerlas á cubierto del furor de los lobos é impedir que ninguna se aparte del rebaño, guiar las que andan descarriadas, exponerse á muchos trabajos y penas, y dar su vida por la salvación de sus ovejas, tales son, según el testimonio de Jesús mismo, las cualidades del buen pastor; cualidades que él ha llenado para con nosotros de un modo que no nos deja duda alguna de su caridad pastoral para con los hombres. En efecto, ¿quién mejor que Jesucristo conoce á sus ovejas? ¿quién ha dado más generosamente su vida por ellas? ¿quién las ha mantenido mejor que él? ¿quién ha buscado con más afán las que se extraviaban? Con mucha razón, pues, puede atribuirse la cualidad de buen pastor: *Ego sum pastor bonus.*

El que Jesucristo conoce á sus ovejas es una cualidad no adquirida con la experiencia, sino que le es natural; pues siendo el Verbo de Dios, conoce todo lo que es y todo lo que debe ser; todas las cosas le han sido presentes, aun ántes de que fuesen; ve tan claramente todo lo que será, como lo que ya es. Puede, pues, decir muy bien, que conoce á sus ovejas, que sabe el número de ellas; las distingue unas de otras y las llama por su nombre. Él os ha conocido, carísimos hermanos, antes de que existierais: de toda eternidad ha pensado en vosotros, se ha ocupado de vosotros, y ha tenido sobre vosotros designios de paz y de salvación. Confiad en este divino Pastor, que no ignora ninguna de vuestras necesidades, conoce la debilidad de vuestra naturaleza, las tinieblas de vuestro espíritu, la violencia de vuestras pasiones, los peligros que os cercan, y está siempre dispuesto á tenderos una mano caritativa: pues el conocimiento que Jesús ha tenido y tiene de sus ovejas, no es un conocimiento estéril y de especulación, que se reduce á saber su número, sino un conocimiento que él compara con el que tiene de su Padre y que su Padre tiene de él: *Sicut novit me Pater, et ego cognosco Patrem: et animam meam pono pro ovibus meis* (JOH. X, 15). ¿Y á qué se reduce el conocimiento que hay entre Dios Padre y su Hijo? Al amor más perfecto, más íntimo, más eficaz que puede imaginarse; amor tan perfecto y tan fecundo, que produce una persona semejante al Padre y al Hijo, esto es, el Espíritu Santo, que es el término de este amor. Nosotros somos pues también los objetos de ese conocimiento y de ese amor que reina entre las tres personas de la Santísima Trinidad; y ese es el amor cuya ternura y profusión nos hace sentir el divino Pastor. En efecto: ¿no es

ese el amor que le hizo descender del cielo á la tierra para venir al auxilio de las desgraciadas ovejas que eran la presa del lobo infernal? ¿No se vistió él tambien con la piel de oveja para librarlas de su furor, tomando nuestra naturaleza en el misterio de la Encarnacion, á fin de ser inmolado por nuestra salvacion? Esa inocente victima fué inmolada ántes por la espada de su amor que por mano de los verdugos que la crucificaron. Ese divino Pastor derramó su sangre sobre nuestras heridas para curarlas; murió para darnos la vida; resucitó para nuestra justificacion, y nos abrió las puertas del cielo para nosotros perdido. ¡Oh caridad verdaderamente pastoral! Ningun pastor llevó nunca su ternura al extremo de sacrificarse por la salvacion de sus ovejas como Jesucristo hizo por nosotros.

No contento el buen Pastor con haber dado la vida por sus ovejas sacrificándose por ellas, les procura todos los auxilios necesarios para conservarse en vigoroso estado; las conduce á buenos y fértiles pastos que la sostienen, las alimentan y las engordan. Cuáles son, hermanos míos, esos buenos pastos? Son la doctrina de Jesucristo, sus gracias, sus sacramentos. Con su doctrina nos instruye, y con sus sacramentos nos santifica. Doctrina santa y saludable que nos preserva del error y de la mentira; gracias abundantes que nos apartan del mal y nos llevan al bien; sacramentos augustos que son la fuente del agua saludable que mana hasta la vida eterna; sacramentos en que hallamos los medios de conservar la vida de la gracia y los remedios para recobrarla cuando la hemos perdido. Así podemos decir con el rey profeta, que nada nos falta bajo la direccion de nuestro buen Pastor: *Domínus regit me, et nihil mihi deerit* (PSALM. XXII). Despues de salvarnos del naufragio y de hacernos nacer á la vida de la gracia en las aguas del bautismo, que han lavado la mancha del pecado original: *Super aquam refectionis educavit me*; nos ha preparado en la penitencia un remedio á las heridas á que nuestra fragilidad con tanta frecuencia nos expone: *Animam meam convertit*. El nos conduce por los senderos de la justicia, iluminando nuestro entendimiento con vivas luces, comunicando santos ardores á nuestra voluntad, é instruyéndonos con la voz de los demás pastores que ha establecido y dejado en la tierra para que cuiden de su rebaño: *Deducit me super semitas justitiae*. El aleja de nosotros los obstáculos que podrian apartarnos de nuestro último fin; nos defiende con la virtud de su cruz contra el dragon infernal que anda sin cesar en torno nuestro para devorarnos; nos sostiene en nuestras flaquezas, nos consuela en nuestras aflicciones; siempre está con nosotros para impedir que caiamos en los horrores de una muerte eterna: *Si ambulavero in me-*

dio umbrae mortis, non timebo mala quoniam tu mecum es. ¡Nos acosa el hambre y necesitamos alimento para no caer desfallecidos en la penosa carrera que hemos de seguir para llegar al puerto de salvacion? Él nos ha preparado un alimento, el más exquisito que un pastor pueda dar á sus ovejas: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me.* ¿Qué alimento es ese, carísimos hermanos? Es su cuerpo adorable, su preciosa sangre, que él nos ofrece por sustento en el angusto sacramento de nuestros altares. ¡Oh maravilla digna de la admiracion del cielo y de la tierra! ¿Qué pastor, observa con este motivo S. Juan Crisóstomo, alimenta á sus ovejas con su propia sustancia? ¿No vemos, por el contrario, que los demás pastores se alimentan con sus ovejas y aprovechan su lana? Y Jesús, el soberano Pastor, se dá á sí mismo como alimento á sus ovejas; las engorda con su propia sustancia, se entrega completamente á su uso; ¿no es eso llevar el amor al exceso? ¿Qué más podia hacer para merecer de nosotros la más perfecta reciprocidad? Acabemos de manifestar con el rey profeta los cuidados del buen pastor por sus ovejas. Despues de guiarlas durante la vida, las acompaña tambien á la muerte, en cuya época necesitan más su ayuda, por estar luchando con el enemigo de la salvacion que rebolba sus esfuerzos para perderlas; entónces las fortalece con las santas uniones de sus gracias y sacramentos; así las dispone á combatir como generosos atletas, y las pone en estado de alcanzar la victoria sobre las furias infernales: *Impinguasti in oleo caput meum*. Finalmente, despues de conducir las y fortalecerlas en sus últimos momentos, colma sus misericordias y les procura una muerte santa en sus tabernáculos para saborear las dulzuras del reposo eterno: *Et ut inhabitem in domo Domini in longitvulinem dierum*.

¡Dichosas, pues, mil veces dichosas las ovejas que van conducidas por el buen Pastor! pero ¡desdichadas las que de él se alejan! pronto son presa del lobo infernal si el buen Pastor no acude á su auxilio para llevarlas al redil, en lo cual nos prueba tambien Jesús de un modo más especial su caridad pastoral para con los hombres: las ovejas extraviadas, como las fieles, son objeto de su vigilancia y de sus cuidados; conserva las unas, y busca y recoge las demás. Es, pues, verdaderamente el buen Pastor.

Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, dice Jesús; es preciso que las conduzca para no formar más que un rebaño; es decir, que Jesús vino, no solo para salvar á los judíos, si que tambien á los gentiles; que además de las ovejas de su nacion, que le pertenecian desde su origen, contaba otras que habian de pertenecerle por su

conversion, para no formar sinó un pueblo reunido bajo el mismo jefe y en el seno de la misma Iglesia. Nosotros, hermanos míos, somos del número de estas ovejas adquiridas y convertidas. Antes éramos ovejas errantes que andábamos en las tinieblas, sentadas á la sombra de la muerte: *Erratis sicut oves errantes* (I PETR. I). Pero el supremo Pastor de nuestras almas, conmovido por nuestro infortunio, nos miró con ojos compasivos y nos envió la luz de su Evangelio; gracias le sean dadas eternamente. Ahora ya somos un pueblo santo, un pueblo de adquisición: *Pens sancta, populus acquisitionis* (I PETR. II). ¡Dichosos si, fieles á la gracia de nuestra vocacion, sabemos aprovechar la merced de Dios! Pero ¡ah! indóciles á la voz del buen Pastor, á menudo abandonamos su redil, dejamos las fuentes de agua viva para ir á beber en las cisternas envenenadas de este siglo maldito. Muy á menudo, como el hijo pródigo, abandonamos al mejor de los padres para ir á disipar en países extranjeros los bienes que nos ha dado, y vivir á merced de nuestras pasiones. ¿Qué hace entonces el buen Pastor? Otro cualquiera se cansaria de nuestros antojos é infidelidades; si él no fuere tan bueno como es, nos abandonaria á nuestra triste suerte. Pero nó; el Pastor caritativo que no ha querido detener esa oveja á pesar suyo, porque no quiere ningun servicio obligado, no puede verla alejada de él. Le atormenta verla expuesta á la voracidad de las fieras; prefere dejar las ovejas fieles para ir á buscar la extraviada; mas, ¿cuánto no le cuesta volverla al redil? ¿cuántos pasos y fatigas no ha sufrido? Aquí le veo junto al pozo de Jacob, cansado del camino, aguardar con solicitud que una mujer pecadora venga á recibir el perdon de sus culpas, y á pedirle el agua que mana hasta la vida eterna. Allí le distingo recibiendo con bondad y aún defendiendo á otra pecadora, que el orgullo fariseo, por una severidad excesiva, desprecia y condena sin piedad. En todas partes le oigo llamar á los pecadores á la penitencia, y exhortarles á ir á él para librarse del grave peso de sus culpas: *Venite ad me, omnes* (MATTH. XI). No contento con llamarles, va á su encuentro como si necesitase al pecador; le busca, va en pos de él en todas partes: aquí le ilumina con una nueva luz, allí le anima con un buen impulso; y si las dulzuras de su gracia son inútiles, emplea la fuerza de esta gracia; hace oír al pecador aquella voz que levanta á los muertos del sepulcro; descarga sobre él algun golpe terrible, ménos con el designio de herirle, que de volverle al redil; y si al fin acontece que esa oveja descarriada, que ese pecador tantas veces instado, ceda á la voz de su Pastor, ¡qué favorable acogida le dispensa entónces! Lejos de hacerle sufrir ningun mal tratamiento, como lo ha merecido, le prodiga ca-

ricias: no se contenta con recoger la oveja fugitiva, sinó que tambien quiere ahorrarla el cansancio del camino, llevándola sobre sus hombros; y como si hubiese hecho una preciosa conquista, invita á sus amigos á congratularse con él: *Congratulamini mihi, quia invenni ovem quae perierat* (LEC. XV). ¡Podia Jesucristo, carísimos hermanos, probarnos más claramente su solicitud pastoral por la oveja descarriada? ¿Puede decirse que se pierda alguna por falta suya? ¿No ha hecho cuanto ha podido para conservar las que le habia dado el Padre celestial, y recobrar las que estaban perdidas? Así, pues, el pecador no convertido deberá achacarse á sí mismo su condenacion. A fin de evitar tal desgracia, veamos lo que debemos hacer para ser fieles ovejas.

2. Conocer al buen Pastor, escuchar su voz y seguir sus pasos, tal es, hermanos míos, la descripción que el mismo Jesús nos hace de la oveja fiel. Yo conozco, dice, á mis ovejas, y mis ovejas me conocen: *Cognoscunt me oves meae*. Las ovejas escuchan la voz del pastor: *Vocem ejus audiunt*; le siguen á todas partes: *Illam sequuntur* (JOANN. X).

Lo primero que ha de hacerse para entrar en el redil de Jesucristo, es conocerle. Todas las luces del entendimiento, todos los demás conocimientos, sin éste, son incapaces de conducirnos al puerto de salvacion. ¡Ah! ¿para qué nos serviria saber todos los secretos de la naturaleza, conocer como los filósofos el movimiento de los astros, poseer todas las ciencias humanas, si no tenemos la de la salvacion, que es el conocimiento de Jesucristo? El más sencillo, el más rústico de los mortales que conoce la religion de Jesucristo, que practica sus máximas, que teme á Dios y le sirve fielmente, vale mucho más, dice el autor de la Imitacion, que todos los sábios que á todo se dedican ménos á lo que ha de salvarles. Dediquémonos, pues, carísimos hermanos, á conocer bien á Jesucristo y su Evangelio, á ejemplo del grande Apóstol, que se gloriaba de no saber sinó á Jesucristo, y éste crucificado.

¿Qué es conocer á Jesucristo como él quiere ser conocido? ¿Saber lo que es, lo que puede, y lo que ha hecho por nuestra salvacion? ¿Saber que es á la vez un Dios engendrado de toda eternidad en el seno de su Padre, y un hombre formado en el tiempo en el seno de una virgen; que este Dios, hecho hombre, se entregó á la muerte para darnos la vida, y es el árbitro de nuestra suerte eterna? Todo eso es necesario saberlo; pero no basta. Debemos conocer á Jesucristo, no de un modo estéril é infructuoso, sinó práctica y amorosamente. Como Jesús conoce á sus ovejas para hacerles bien, así el conocimiento de

Jesús debe producir en nuestros corazones el amor más sincero, la adhesión más inviolable: amor sincero que le consagro todos los movimientos de nuestro corazón, que destierre del mismo todo objeto capaz de disputarle su posesión, y nos haga observar en todo sus divinos preceptos; adhesión inviolable que nos haga desafiar, como hacia el grande Apóstol, á todas las criaturas á separarnos de Jesucristo: *Quis ergo nos separabit à charitate Christi* (Rom. viii)? ¿Quién será capaz de separarnos del amor de Jesucristo? No será la muerte, ni la vida, ni la grandeza, ni la humillación, ni la pobreza, ni las riquezas, ni el poder, ni otra criatura alguna: *Neque mors, neque vita, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei* (Rom. viii). Tales son las palabras y la conducta de una oveja fiel que conoce á su Pastor; ella debe estar dispuesta á sacrificarlo todo por él, y á desprenderse de todo por su amor, á emprenderlo y sufrirlo todo por él; de modo, que no haya nada en la tierra cuyo deseo, temor ó pasión la haga incurrir en la desgracia de su Dios. Ved ahí lo que es, hermanos míos, conocer á Jesucristo como quiere ser conocido; ved ahí lo que exige de una oveja fiel en recompensa de lo que por su salvación ha hecho.

El que se halla en tales disposiciones, carísimos hermanos, es dócil á la voz del buen Pastor. Segunda cualidad de una oveja fiel.

Jesús el buen Pastor hace oír su voz á los hombres de diferentes maneras, ora por las gracias interiores que les otorga para atraérselos, ora por la voz de los ministros que les envía para instruirles; aquí, con la lectura de un libro que hace caer en sus manos; allí, con los buenos ejemplos que les pone á la vista; hoy, con los beneficios que les dispensa, y mañana con las desgracias que les envía para que se enmienden. Apelo á la experiencia de cuantos me estais escuchando: ¿cuántas veces, hermanos míos, no habeis oído, y no oís aún cada día, la voz de Dios que os llama y os ruega que volváis á él, ó le sirváis más fielmente? ¿Cuán viva luz ilumina vuestro entendimiento para daros á conocer la vanidad y la nada de las cosas de la tierra! ¿Cuán saludable unción ha conmovido vuestros corazones para disgustaros del mundo y de sus placeres! Y á pesar de los tiernos cuidados de ese caritativo Pastor, ¿no hay aquí muchos que endurecen sus corazones á su voz? Ah, ovejas infieles! ¿hasta cuándo resistireis á los encaentos de la divina misericordia, que llama á la puerta de vuestro corazón, que os busca y os sigue en medio de vuestros desórdenes? ¿No estais interesados en ceder á sus instancias? ¿Cuál será vuestra suerte si continuais resistiéndole? De puro extravíaros en las sendas de la iniquidad, seriais presa de las fieras; cayey

rais al fin en un abismo de desgracias. Si el buen Pastor os busca, si su misericordia os tiende los brazos y está siempre dispuesta á recibirlos, ¿no debeis corresponder á sus designios y esforzaros para salir del cenagal de que quiere sacaros? Pues creer que Dios lo hará todo por su parte para salvaros, mientras vosotros no quereis hacer nada por la vuestra; creer que el buen Pastor conducirá á una oveja al redil á pesar suyo y sin que ella dé paso alguno para volver al mismo, sería ofender la misericordia de Dios y ponerla al servicio de vuestras iniquidades. No, hermanos míos, no debe creerse tal cosa de la bondad de Dios; cuando para nada ha servido su bondad, y su paciencia en esperar al pecador no ha tenido otro resultado que hacerle más culpable, entónces esta paciencia se convierte en ira y pide venganza. Entónces el pecador que ha despreciado los ruegos de su Dios y resistido á sus gracias, es, á su vez, despreciado por él y abandonado; y con cuanta más ternura ha sido rogado, con tanto más rigor es castigado. Precaved, carísimos hermanos, lamaña desgracia con vuestra docilidad en escuchar la voz del buen Pastor que os llama. Por boca de los pastores, el supremo Pastor hace oír su voz á sus ovejas: como ya no está en la tierra para instruirnos por sí mismo, ha puesto en su lugar á otros pastores para que cuiden de su rebaño: *Pascite qui in vobis est gregem Dei* (Petr. v). Escuchar la voz de los pastores que gobiernan la Iglesia, es escuchar al mismo Jesucristo; despreciarles, es despreciarle á él: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit* (Luc. x). Sed pues, carísimos hermanos, dóciles á la voz de los pastores que Dios os ha enviado como embajadores para transmitir su voluntad; sed asíduos á las instrucciones que os den en la Iglesia; allí aprenderéis cosas que en ninguna otra parte os enseñarán.

Escuchad tambien los consejos de vuestros confesores, que ocupan el puesto de Jesucristo para daros sus órdenes. Escuchad, hijos, la voz de vuestros padres: ellos son unos como pastores en sus casas, que deben vigilar el rebaño que el Señor les ha confiado, y nutrirle de instrucción y buenos ejemplos.

Por último, para ser fieles ovejas hay que seguir los pasos del buen Pastor, es decir, imitarle. Léjos del pastor, la oveja está expuesta á mil peligros; debe hallarse continuamente en torno suyo y no dejarle nunca, para estar á cubierto del furor de la fieras: sigamos de la misma manera á Jesucristo, carísimos hermanos; no dejemos su compañía, caminemos á sus huellas, y no temamos perecer. Él es la senda que debemos seguir, y la vida que debemos apetecer; no podemos alcanzar esa vida sin imitando sus virtudes y ejemplos. Quien sigue

otra senda, está seguro de extraviarse. ¿Y qué senda nos ha indicado Jesucristo? ¿qué ejemplos nos ha dado? Es una senda difícil, llena de abrojos y espinas: pobreza voluntaria, abnegacion, mortificacion de los sentidos y de las pasiones, desprendimiento de los placeres, paciencia en los padecimientos: eso es lo que Jesucristo nos ha enseñado; esa es la senda que nos ha trazado. Lo que debe inducirnos á seguirla, es; que él la ha seguido delante de nosotros. El ha allanado todas las dificultades, y nada nos pide que no lo haya practicado primero. Jesús padeció por nosotros, dice S. Pedro; dándonos ejemplo para que sigamos sus huellas: *Christus passus est pro nobis*, etc. (1 PETA. II). ¿Convendría que el inocente hubiese entrado en la gloria por medio de los padecimientos y por un camino difícil, y que los culpables entrasen en ella por un camino de flores y de placeres? No; los predestinados solo serán aquellos que el Padre celestial halle conformes con la imagen de su Hijo.

Tened pues presente, hermanos míos, el modelo que se os presenta en la vida de Jesús, para conformaros á ella. Considerad cuál fué ese Hombre-Dios durante la vida mortal que tuvo en la tierra. En él vereis á un hombre manso y humilde de corazón, sóbrio, paciente; á un hombre tan desprendido y tan desprovisto de los bienes de la tierra, que no tenia donde reclinar la cabeza; tan misericordioso, que perdona á sus más crueles enemigos; tan amigo de la cruz y de los padecimientos, que no sólo los sufrió con paciencia, sino que los buscó con afán. Tal es el modelo que debéis imitar.

En vista de semejante modelo, avergonzaos de vuestra vida muelle y sensual, de vuestra delicadeza en la comida, de vuestra sensibilidad en el pondonor, de vuestra repugnancia á padecer, y de vuestra aversion á cuanto molesta á la naturaleza; y que la confusion que produzca este paralelo os haga tomar la resolucion de corregir vuestra conducta, de domar vuestras pasiones, de avasallar vuestros sentidos, de privaros de los placeres ilícitos, y aun de disminuir los que os están permitidos. Que la vista de los ejemplos de Jesús os haga más mansos y más humildes de lo que habeis sido hasta hoy, os despenda de los bienes del mundo, de sus placeres; os haga más asiduos á la oracion, más caritativos con los pobres, más enemigos de las máximas del mundo, más morigerados en vuestra conducta: *Inspice*, etc.

Despues de seguir é imitar á Jesús en la tierra como fieles ovejas, sereis agregados al rebaño escogido de predestinados que gozan de la felicidad de verle en el cielo. Amen.

PASTOR Y DRACMA PERDIDA.

(PARÁBOLAS DEL)

Murmurabant Pharisæi, et Scribæ, dicens: Quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis.

Los Fariseos, y Escribas murmuraban de Jesús, diciendo: Mirad como se familiariza con los pecadores, y come con ellos.

(Luc. xv. 2.)

Ved, hermanos míos, una de las páginas más consoladoras del Evangelio. La bondad es el rasgo distintivo de Jesús; jamás apareció alma tan compasiva sobre la tierra. Pero aquí es donde se manifiesta cuán bueno y misericordioso es. Si la sublimidad de su palabra precisaba á los judíos á confesar que jamás habia hablado ningun hombre como él, tambien nosotros, al escucharle hoy, debemos confesar, para gloria de su santo nombre, que jamás amó ni supo amar ningun corazón como amó el suyo.

Recapitemos pues sus palabras y meditémolas; son á la vez tiernas é instructivas; son una leccion de caridad y de estímulo.

La virtud ménos disputada, al mismo tiempo que la ménos disputable, es la caridad. Esta virtud, tan rara, ó más bien, que jamás ha existido bajo el paganismo, la ha vulgarizado el cristianismo. Se la reconoce hasta en el país ménos cristiano, como el principio constitutivo de toda razon social. Pero, aunque se la reconoce por la más santa y la más necesaria, puesto que abraza y reasume todas las demás virtudes, es, sin embargo, la peor comprendida y la que peor se practica, sea para con Dios, sea para con el prójimo. La caridad, hermanos míos, excluye todo desprecio y toda desconfianza, y debe sanar toda idea de desaliento y desesperacion. Seguid los caminos del Evangelio, y vereis que esa es la doctrina que de ellos se despende. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La caridad, hermanos míos, no consiste solo en amar á los que

amamos, en olvidar los daños que nos hayan causado, en socorrer á los pobres y consolar á los afligidos: bendito sea el generoso corazón que perdona, bendita sea la mano que tiene un pedazo de pan y un vaso de agua para aquellos que se ven acosados por el hambre y la sed; pero la caridad no se encierra en tan estrechos límites: no hay miseria á que no se acerque y abraza, cualquiera que sea, por otra parte, la repugnancia que inspire; el más miserable de todos los estados es precisamente el que más simpatías debe excitar. Contemplad hoy al Salvador, rodeado de publicanos y pecadores, y vereis como los acoge; conversa con ellos, se sienta á su mesa; á todos recibe, á ninguno rechaza; ni una palabra de repulsion sale de su boca, ni un signo que pueda ajar su amor propio; por el contrario, su mirada parece con ellos más humilde, más complaciente. Al ver el modo con que trata á esos pecadores que le rodean, y la amabilidad con que les habla, podría decirse que son otros tantos discípulos fieles y queridos. Conversa con ellos como con unos amigos, y son en efecto amigos; almas á quienes su corazón ama tanto más cuanto mayor es su desgracia; porque el más grande de los males es la corrupcion del espíritu y del corazón, el envilecimiento del alma; el más grande de los males es el estado del pecado, el más grande de los males es la pérdida de la gracia, que nos hace hijos de Dios; la pérdida de la justicia, y con ella las esperanzas inmortales. Esa muchedumbre que rodea al Salvador es de hombres extraviados por pasiones culpables, que han desconocido las inspiraciones de la virtud, del deber, y por consiguiente hombres perdidos; y ved por qué quiere salvarlos. Si, son hombres dignos de toda humillacion, puesto que han preferido las humillaciones del vicio á la gloria de la virtud; pero precisamente porque se han degradado, quiere regenerarlos y volverlos á su misericordia. Ved el motivo por qué le son tan queridos como esos paralíticos á quienes ha enderezado, esos ciegos á quienes ha vuelto la luz, esos enfermos de todas clases á quienes ha sanado, esos muertos á quienes ha resucitado; ó mejor dicho, son tambien paralíticos, enfermos y muertos de otra especie, á quienes quiere curar, restituyéndoles á una vida nueva; porque la virtud tiene tambien sus quebrantos y sus enfermedades, que son mucho más dignas de interés que todos los males físicos que nos afligen. Ved por qué Jesús acoge á los publicanos y pecadores y conversa con ellos.

Las miserias morales, hermanos míos, no son ménos dignas de interés que las miserias físicas. Es injusta la opinion que las rechaza con repugnancia; es contraria á la caridad esa preocupacion, demasiado general por desgracia, que las abandona y las marca con un sello in-

deleble, entregándolas á un eterno desprecio. ¿Nos ha tratado Dios de semejante modo? ¿Qué éramos cuando descendió á la tierra, sinó unos miserables sumidos en lo más profundo de los abismos, cubiertos de todo lo que el pecado tiene de más hediondo y deforme? ¡Ah! El hombre, que Dios hizo tan noble y tan bello, se habia rebajado hasta el bruto, habia perdido hasta el sentimiento de las virtudes más comunes. Toda la masa estaba corrompida, dice el Apóstol, y sin embargo, Dios no se desdienta de dirigirle una mirada de misericordia; bajo estos rasgos tan horribles supo reconocer la obra de sus manos, como el padre del pródigo reconoció á su hijo bajo los miserables harapos que le cubrian, abrazándolo con tanto más cariño, cuanto mayor era la desgracia en que lo veia. Cuando encontréis pues alguna de esas almas descarriadas por el vicio, acordaos de lo que vosotros mismos habeis sido, ó bien examinad lo que todavía sois; porque, ¿quién es el que puede llamarse perfectamente justo y considerarse libre de pecado y de mancha? Si vosotros estais exentos de estos vergonzosos y degradantes vicios que vituperais en los demás, lo debeis á una gracia particular, que debe contribuir á volveros más humildes y que agrava las debilidades y las imperfecciones que os quedan. Tan laudables como podais ser bajo cierto aspecto, sois tambien culpables bajo otros muchos; á vosotros pues alcanza vuestra parte de repulsion y desprecio. ¿La queréis? Por otro lado, el mundo no es ménos injusto que ciego en sus juicios. Esos hombres, ¿son siempre en la realidad tan culpables como parecen ó como se dice? ¿No puede suceder que sean victimas de una calumnia ó de un lazo tendido por una mano perversa? ¿Habeis estado vosotros expuestos á las mismas tentaciones, á las mismas violencias? Tal vez hubierais sido tan culpables, si os hubierais encontrado en las mismas condiciones que ellos. Son culpables; por consiguiente son desgraciados, y desde luego deben inspirarnos simpatía. Y no entendemos aquí una simpatía semejante á la que inspira la virtud, sinó esa benevolencia que se traduce por la piedad, y se inclina hácia los corazones heridos para curar sus males y reanimar su esperanza; porque es necesario salvarlos de su propio desprecio y del desprecio de los hombres; es necesario volverles el sentimiento de su dignidad personal, que han desconocido y cuyo olvido les ha precipitado en el vicio: por haber olvidado su dignidad de hombres y de cristianos han llegado á hacerse tan culpables; y la más grande desgracia que en semejante estado puede sucederles sería llegar á creer que han perdido para siempre el aprecio de sus semejantes; que son el objeto de una eterna reprobacion y que la sociedad los rechazará siempre. Sumidos en

este pensamiento, no tentarán ningún medio para salir de su lamentable estado, se abandonarán á los impulsos de las más infemas pasiones. No rechaceis pues con desden á esos hombres; probadles con vuestra caridad que no están condenados para siempre. Que vuestra caridad, tan dulce como digna, haga nacer en ellos la idea de rehabilitarse; que vuestra virtud se manifieste tan amable, que pueda inspirarles el deseo de elevarse hasta ella. Cuanto más culpable es la tolerancia del vicio, tanto más laudable y santa es esa caridad que conversa con los pecadores para regenerarlos.

Los escribas y fariseos os acusarán tal vez de culpable condescendencia; os mirarán como sospechosos de complicidad; y si frecuentais con los pecadores, pasareis por pecadores. Pero este temor, como veis en el Evangelio de este día, no detuvo al Salvador. ¡Temió comprometer su dignidad, esperando á la Samaritana en los pozos de Jacob y permitiendo á la Magdalena que besase sus pies? Temió comprometer su reputación de santidad, cuando rehusó pronunciar contra la mujer adúltera el juicio que se le reclamó contra su falta, y que á pesar de haberse marchado todos, él solo se quedó con ella, él solo le dió una palabra de adios y de perdon? Sin duda que alguna vez se puede juzgar de los hombres por el carácter de aquellos con quienes se acompañan. Pero son muy diferentes las relaciones que enlazan y conservan la conformidad de sentimientos, de gustos y costumbres, de las relaciones inspiradas por una condescendencia de piedad ó de simple benevolencia. Muy diferente es la tolerancia que ama y adula al vicio de la que no se acerca á él sino para compadecerle y curarle. Si: la primera es la complicidad; pero la segunda es una caridad tan laudable por el pensamiento que la inspira como por el objeto que se propone. ¿Qué cosa más santa que la obra de la salvación de las almas? Esta es la obra del Salvador, es la continuación de su santo ministerio.

Y este ministerio es un deber para todos. Dios ha confiado á cada uno el cuidado de su prójimo. Considerais la limosna obligatoria en favor de aquellos que carecen de pan ó de vestido. Vituperais, y con razon, al hombre insensible á las necesidades de su hermano; pero más todavía debeis comoveros de los peligros de su alma. No lo dudeis; las miserias materiales nacen casi siempre de las miserias espirituales. En vano se multiplica la limosna al cuerpo, si no se multiplica, con preferencia á toda otra, la limosna del alma. Moralizad al pobre y lo hareis rico bien pronto; moralizad al rico si quereis evitar que se haga pobre. La curación de las lagas sociales no es sino la obra de la moralización. Si: acoged esas almas extraviadas, como

acogia Jesús los enfermos de toda especie; tendedles vuestra mano de socorro.

Más ha hecho Dios por vosotros: recordad las dos parábolas del Evangelio. Ellas os suministrarán la medida del amor y de los sacrificios del Salvador del mundo. Ese pastor que deja sus noventa y nueve ovejas, es el Hijo de Dios que se separa de los ángeles. Esa oveja extraviada es el género humano perdido por el pecado, que toma sobre sus hombros, sobre su cruz; es decir, que salva por su sacrificio. Esa mujer de la segunda parábola es también Jesús; esa dracma perdida es también la humanidad; porque los hombres son como la moneda de Dios. La imagen de Dios está impresa sobre vosotros, como la imagen del jefe del Estado en una moneda. La luz que esa mujer enciende para hallar la dracma es la fe, es la luz que el Salvador ha venido á encender; y en fin, esa alegría del pastor y de la mujer por haber hallado lo que habían perdido, es la alegría del cielo por la salvación de una alma. Aquí el Salvador, para responder á la malicia de los fariseos y de los doctores, opone la gloria del cielo y el amor de su corazón. Como si les dijera: «Estimo demasiado la gloria de mi Padre para que rechace los pecadores: me considero hartamente feliz al salvarlos, para que no desee conversar con ellos.» Pero, en esas dos parábolas no ha querido solamente confundir á sus enemigos y trazarnos con su ejemplo nuestros deberes hacia nuestros hermanos extraviados, sino que ha querido también excitarnos hacia nosotros mismos. Volvamos á esas dos parábolas, y encontraremos en ellas los motivos de confianza que debemos tener, sean cuales fueren nuestras debilidades.

2. El exceso de la miseria conduce también á la desconfianza, y á veces aún hasta la desesperación. Se persevera en el pecado tanto por desaliento como por malicia. Hay quien se aleja del ganado para buscar otros pastos, para correr á gusto de sus caprichos, perdiéndose en el desierto; y después, para volver á entrar en el redil no se puede encontrar ya el sendero, ó bien huye de las dificultades del camino para la vuelta, y sobre todo, se teme la cólera del pastor. Esta es la verdadera imagen del pecador; seducido por los placeres engañosos, por los falsos bienes del mundo, ha abandonado los sacramentos y la práctica de piedad, esas fuentes vivas de la justicia; y bien pronto, alejado de toda influencia santa, extraviado por el camino de la perdición, se forma el desierto en su alma, que poco á poco se despoja de la virtud, y se hace estéril como esas tierras quemadas por un viento abrasador, que jamás son regadas por el benéfico rocío: ¡Oh vosotros, los que os hayais perdido también, no desespereis!

Dios es rico en misericordia, y aún cuando os hallais en lo más profundo de los abismos, su ojo paternal os descubrirá allí mismo, por lejos que estéis, y os esperará. Irá á buscaros como el pastor. ¡Cuántas veces no ha ido hasta vosotros en el sitio mismo en que habeis creído escaparos de él y ocultaros á sus miradas!

Tened pues confianza. Para volver á la virtud es cierto que el camino es largo y penoso. Pues bien; él será á la vez vuestro compañero y vuestro apoyo. Os llevará sobre sus espaldas; es decir, fortalecerá vuestras enfermedades con su gracia. Os ayudará con poderosos recursos á vencer toda dificultad, para uniros en seguida á las almas justas, de quien os habeis separado. De este modo ha obrado con tantas almas que se han hecho célebres por sus virtudes y sus méritos, despues de haberlo sido anteriormente por sus desarreglos. Alguna vez causa admiracion en el mundo el arrepentimiento y la vuelta á la gracia de ciertos hombres á quienes se creia perdidos para siempre. No debe causar más admiracion la misericordia de Dios que las maravillas del mundo visible. Lo que debe sorprender mas es, que se desespere de su infinita bondad. Habeis sido perdidos como la dracma de que habla en la segunda parábola; pero el Señor os estima demasiado para no inquietarse por vosotros. A la claridad de su amor os buscará en el seno de las tinieblas, donde habeis caido. Hará brillar su luz ante vuestros ojos, que están ciegos; os iluminará en vuestros errores, y reconoceris la deshonra del pecado y la gloria de la virtud, que habeis abandonado; luego purificará vuestra alma y vuestro cuerpo de toda mancha, hasta que hayais encontrado esa justicia, que es el único tesoro que puede enriqueceros, sin el cual siempre sereis pobres y desgraciados; y el cielo aplaudirá vuestro regreso con regocijo.

Con este pensamiento tan sensible y tierno termina Jesús sus dos parábolas. Pero ¿qué puede añadir la penitencia de un solo pecador á la infinita alegría de los ángeles? Considerad la alegría y placer que se experimenta á la vista de un hermano, de una hermana, de un amigo querido, á quien se abraza despues de un largo destierro, y comprenderis cuan grande será el regocijo con que los ángeles celebran vuestra vuelta; sois para ellos como hermanos, como amigos, y estais destinados á participar de su beatitud. Y su alegría es tanto más grande, cuanto más espantoso fué el infierno, entreabierto ya bajo las plantas del pecador. Cuanto más desgraciado es un sér querido, tanto más nos alegramos de verlo salvado.

Si: grande, muy grande es la alegría que causa la conversion del pecador en la tierra y en el cielo; porque grande es tambien la nueva

esperanza que promete. Desde entónces, la misma energia que habia desplegado para el mal, la consagra al bien. Cuanto más abatido estaba el corazon sinceramente convertido á Dios, tanto más se eleva. Cuanto más culpable ha sido, tanto más generoso se manifiesta. Ahí está la historia, que nos lo enseña: los grandes pecadores convertidos han sido los que nos han dado el ejemplo de los más grandes sacrificios y el heroismo de la penitencia. ¡Oh vosotros, cuya pérdida lloramos, apresuraos á volver! ¿Qué es, ni quién puede deteneros? La misericordia de Dios, si la implorais, no os faltará. Será absolutamente perdonado aquel que haya amado mucho. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

PASTOR.—Dios manifiesta que castiga á su pueblo cuando le dá pastores mercenarios.

Dios manifiesta que ama á su pueblo cuando le dá buenos pastores.

PASTOR.—Cuando no tenemos pastor hay que pedir á Jesucristo, que es buen pastor, que nos otorgue uno de su eleccion.

Cuando tenemos un buen pastor hay que honrarle con nuestra buena vida.

Cuando tenemos un mal pastor hay que tolerarle, pidiendo á Dios su conversion.

PASTOR.—No hay condicion en la que los inferiores no deban escuchar al buen Pastor.

No hay condicion en la que los superiores no deban imitar al buen Pastor.

PASTOR.—Cuando andamos extraviados hay que llamar al buen Pastor por nuestros gemidos.

Cuando él nos llama hay que correr á él sin retardo.

Cuando él nos guía hay que seguirle con docilidad.